

Austreberto Martínez Villegas, *La evolución del proyecto de nación sinarquista. Del autoritarismo conservador a la democracia cristiana (1949-1971)*, Ciudad de Méjico, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2020, 262 pp.

El autor, Doctor en Historia por el Instituto José María Luis Mora, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y profesor en la Universidad Anáhuac y en la Universidad Panamericana de Méjico, además de colaborador de *Fuego y Raya*, ha publicado recientemente su investigación sobre el sinarquismo bajo el sello de la Universidad Autónoma Metropolitana. Con este libro, Martínez Villegas hace su propia contribución a un tema que considera «relativamente poco estudiado a nivel historiográfico», si bien reconoce a quienes le han precedido en la tarea de hurgar en la historia de esta organización, entre quienes destacan, sin afán de ser exhaustivos, historiadores como Anne Marie de la Vega Leinert, Jean Meyer Barth, Pablo Serrano Álvarez, Guillermo Zermeño Padilla, Rubén Aguilar Valenzuela, Servando Ortoll, Héctor Hernández García de León y mi viejo maestro Jorge Alonso Sánchez. Para quienes no se encuentran familiarizados, el sinarquismo, nacido de una sociedad secreta de católicos llamada Legiones y luego La Base, fue, en sus comienzos, un masivo movimiento cívico predominantemente rural, fundado en 1937 en la región del Bajío, de oposición al gobierno nacional-revolucionario en México. Alcanzó en el sexenio de Manuel Ávila Camacho su mayor número de simpatizantes –en torno a medio millón, en una nación que entonces merodeaba los veinte–, y tras una crisis interna que fracturó al movimiento, en los años de posguerra la facción política engendró un par de partidos –Fuerza Popular en los años 40 y Partido Demócrata Mexicano en los 70– de vida electoral episódica e importancia menguante. Martínez Villegas resalta que el sinarquismo representó, dejando pendientes otros distingos, el «intento más consistente y permanente durante el siglo XX de aglutinar en un proyecto de nación católica a los sectores de la población más conservadores y tradicionalistas». A pesar del canon historiográfico, cuyos artífices han sido mencionados recién, el libro que ahora reseñamos viene a cubrir un hueco en la cartografía sinarquista, dado que, como refiere Martínez Villegas, lo que a la sazón fue publicado se concentra sobre todo

en la primera etapa de esa organización, y «aún no se ha escrito una historia política que explique la transición de un movimiento doctrinariamente radical de masas con base campesina, como lo fue el sinarquismo inicial, a un partido minoritario y relativamente moderado, como lo fue el Partido Demócrata Mexicano». De cara a conseguir esta meta, el libro contiene una introducción, siete capítulos y unas conclusiones generales en apretadas 261 páginas de lectura ágil y accesible. Además de una abundante bibliografía y hemerografía, la investigación se sustenta en la consulta del Archivo del Comité Regional de la Unión Nacional Sinarquista, en León, Guanajuato, y el Archivo General de la Nación, en Ciudad de Méjico.

En los primeros capítulos, el autor se dio a la tarea de encuadrar ideológicamente al sinarquismo en las diversas etapas de su trayectoria. Sobre esto, el parecer del autor es que el sinarquismo fundacional, hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, mostró algunos rasgos comunes con el fascismo y, más todavía, con el autoritarismo conservador. Resulta del mayor interés el análisis comparativo que emprende, donde se pueden apreciar ciertas ambivalencias en el discurso y el estilo sinarquistas, pero, en cualquier caso, contra una corriente historiográfica –no dominante– que tiende a identificar sumariamente ese movimiento como fascista, se puede ver un esencial rechazo de esa equiparación. El autor se muestra de acuerdo con Jean Meyer al reconocer paralelismos entre el sinarquismo y la Legión de San Miguel Arcángel, de Corneliu Codreanu en Rumania, un caso particular en Europa por el ferviente cristianismo que contrasta con el secularismo generalizado de los fascismos, como la más aceptable de tales comparaciones, si bien Martínez Villegas parece clasificar a la Guardia de Hierro más bien como una expresión encajable en el nacionalismo conservador. En ese sentido, el autor indica aspectos compartidos como «el espíritu de sacrificio y el culto a los mártires», o la práctica religiosa. Tratase de toda una mística insuflada a los militantes desde sus decálogos. En otro lugar se resaltan las afinidades ideológicas entre el sinarquismo y la Falange controlada por Franco, como otra legítima comparación que ofrece importantes coincidencias, especialmente por su común apelación a la hispanidad y al catolicismo.



Al margen de las efectivas influencias fascistas, por más que fueran más bien superficiales, Martínez Villegas apunta que «la columna vertebral de la ideología sinarquista fue la doctrina social de la Iglesia». El corporativismo que defendía el sinarquismo en su primera etapa se hallaba, nos asegura, más relacionado con la doctrina social de la Iglesia que con el fascismo de Benito Mussolini. Observa el autor que en el sinarquismo fundacional existía una añoranza por «la sociedad orgánica y corporativa» que había imperado en el pasado virreinal. Según creo, puede discutirse si la vindicación de ese corporativismo virreinal se ajustaba a los ejemplos entonces existentes, los que a veces sirvieron de referentes a la organización, como la Austria de Engelbert Dolfuss, el Portugal de Oliveira Salazar o la España de Francisco Franco. Asimismo, Martínez Villegas sostiene que la ideología y el programa político del sinarquismo no embonaban con el totalitarismo, sino más bien con formas propias del autoritarismo conservador. Ahora bien, yo me pregunto, este primer sinarquismo, que Martínez Villegas percibe como fuertemente influido por el autoritarismo conservador, ¿no cabría también clasificarlo como una especie de democracia cristiana en su versión autoritaria, ciertamente distinta de la que se desarrollaría con vigor tras la Segunda Guerra Mundial? Quiero decir, probablemente la dicotomía del título pueda platicarse. ¿No había en algunos de los líderes sinarquistas más destacados una admiración por la llamada democracia orgánica, distinta de la liberal e inorgánica aceptada por la democracia cristiana posterior a la conflagración?

En este libro, los vaivenes de la Iglesia Católica se analizan en íntima conexión con el itinerario ideológico del sinarquismo, donde el autor destaca la inspiración sucesiva del magisterio antiliberal de Pío IX, y luego de encíclicas como *Rerum novarum*, *Quadragesimo Anno* o *Mater et Magistra*, de los papas León XIII, Pío XI y Juan XXIII respectivamente, a los cuales se suman los documentos del Concilio Vaticano II concluido durante el pontificado de Pablo VI, especialmente *Gaudium et Spes*, y más tarde *Populorum Progressio*. En estos textos, sugiere el autor, se pueden ver orientaciones cambiantes que fueron influyendo poderosamente en el sinarquismo, estimulando y acompañando sus propias transformaciones discursivas y programáticas. En otras palabras, la historia del sinarquismo habría estado fuertemente

condicionada por el devenir de la Iglesia Católica durante el siglo XX. Después de todo, agregaría yo, fue una consecuencia de su inicial posición ultramontana, cuya inercia le aproximaría a la democracia cristiana de la posguerra.

Austreberto Martínez Villegas dedica un capítulo al análisis de esa democracia cristiana ulterior a 1945, en Europa y en Hispanoamérica, y la aborda sin soslayar sus orígenes ideológicos en Jacques Maritain y en el personalismo de Emanuel Mounier. En esta faena, el autor pone en punto de contraste esa democracia cristiana con el anterior catolicismo social o autoritarismo católico y conservador. Deja ver el autor que esa democracia cristiana de la posguerra, que se proponía como una tercera posición entre el capitalismo liberal y el comunismo marxista, implicó el abandono de posturas políticas y filosóficas antes sostenidas con ahínco por los grupos más intransigentes, contribuyendo a la progresiva secularización del catolicismo político. Desde luego, Martínez Villegas dedica un apartado a la abierta infiltración de la democracia cristiana en la oposición política mexicana –progresista durante la guerra fría–, en el Partido Acción Nacional y en la Unión Nacional Sinarquista. El autor cree que democracia cristiana y sinarquismo, sobre todo a partir de los años sesenta, compartieron principios como el anticomunismo, el solidarismo, cierta crítica al capitalismo liberal y el concepto maritainiano de persona humana. A la vez, coincidió con la eclosión de la democracia cristiana de la posguerra que en el sinarquismo fuera siendo superada su original desconfianza hacia la democracia liberal y, por tanto, canalizando su labor opositorista a través de la lucha electoral con la fundación de partidos políticos. Martínez Villegas considera que, con la eliminación del Partido Fuerza Popular en 1948, la primera participación del sinarquismo en la vida electoral, llegó a su fin «una etapa en que con un discurso radicalmente católico y conservador, anticomunista, anticapitalista, corporativista, nacionalista e hispanista se había logrado conjuntar un buen número de militantes».

El parteaguas que significó el cambio de la Unión Nacional Sinarquista de un movimiento favorable al autoritarismo conservador a una agrupación abierta a ideologías como la democracia cristiana, fue para el autor la jefatura de Ignacio González Gollaz, quien tomó posesión del cargo a mediados de 1959, en



una línea que luego fue continuada durante la jefatura de David Orozco Romo a partir de mayo de 1961. El sinarquismo se acercó durante estas jefaturas, «bastante», a la democracia cristiana «de origen latinoamericano». Particularmente, a la chilena y la venezolana. Los elogios al franquismo, comunes en su primera etapa, desaparecieron gradualmente durante los años sesenta y se incluyeron en su prensa los discursos de Rafael Caldera. El sinarquismo fue reflejando los cambios del Concilio Vaticano II y su promoción de algunos «valores» de la modernidad, como la libertad religiosa y la separación Iglesia-Estado, y nos cuenta el autor que «este factor fue de gran importancia para consolidar la transformación ideológica que sobre todo en los años 60 del siglo pasado experimentaron los planteamientos del movimiento sinarquista. Estas nuevas circunstancias desembocaron en los intentos de crear diversos partidos y en la fundación del Partido Demócrata Mexicano, en un claro signo de adaptación a los nuevos tiempos y a las nuevas circunstancias». Otro de los reflejos de esta transformación sinarquista fue en derredor del concepto de *revolución*, que para los fundadores del sinarquismo estaba casi ineludiblemente relacionado con la revolución anticristiana. Este concepto de revolución, como se nos revela, fue gradualmente asimilado en un sentido moral y positivo en el discurso de los jefes sinarquistas desde los años sesenta.

Martínez Villegas cuenta que la irrupción de los democristianos en el sinarquismo no estuvo libre de tensiones, desencadenándose una confrontación con los opositores encabezados por Celerino Salmerón, a la postre expulsados del movimiento. No puedo pasar por alto otras aportaciones que hace Martínez Villegas en su investigación, como es el estudio de los vehículos de transmisión de la ideología sinarquista, donde se encuentran periódicos como *Orden*, y los centros educativos expresamente creados para la formación de los vástagos de las familias sinarquistas. Para finalizar, el autor nos describe el sinarquismo actual, reducido a grupúsculos por demás heterogéneos. Deja entrever Martínez Villegas que, pese a su irrelevancia actual, la ingeniería social de los gobiernos mexicanos, que va en sintonía con la deconstrucción agresiva alentada desde el extranjero, al tocar fibras sensibles para una sociedad con resabios conservadores podría acaso preludivar un futuro resurgimiento de la

Unión Nacional Sinarquista. Enhorabuena al autor por esta obra que ayuda al mejor conocimiento de lados oscuros del trayecto sinarquista y proporciona elementos para revitalizar una necesaria discusión.

Rodrigo RUIZ VELASCO BARBA

